

**DEL CONVENTO AL PUERTO: INTRAHISTORIAS DE LA NACIÓN EN
MUNDO, DEMONIO Y CARNE, DE MICHAELLE ASCENCIO**

Luz Marina Rivas
Universidad Central de Venezuela
luzrivas@cantv.net

RESUMEN

En este trabajo se muestran las estrategias narrativas de la novela intrahistórica *Mundo, demonio y carne*, de Michaelle Ascencio (2005), dentro de las cuales cabe destacar un excelente manejo casi cinematográfico de la descripción de los ambientes, desde la celda de una monja, hasta las ciudades en expansión, así como los diálogos que van revelando las intrincadas contradicciones de una cultura conversacional, donde las niñas eran criadas para callar. Los emblemáticos personajes femeninos dan cuenta en su diversidad del cambio social en las raíces hispánicas, conservadoras y austeras, hacia un pensamiento liberal y cosmopolita.

PALABRAS CLAVE: novela latinoamericana, intrahistoria.

ABSTRAC

This essay pretends to show the narrative strategies through which the inter-historical novel *Mundo, demonio y carne* is constructed by Michaelle Ascencio (2005). Among them, it is remarkable the excellent description, resembling a cinematographic stile, of the surroundings: from a nun's cell to cities in development, as well as dialogs that revels the winding contradictions inside of a culture of conversations, where girls are educated to be quiet. The emblematic female characters show, in their differences as well as in their characteristics, *they* society in a changing process from its Spanish roots, which are conservative and austere, to a liberal and cosmopolitan life.

KEY WORDS: Latin American novel, intrahistory.

Como un zombi, sin voluntad y sin pensar en nada, subía los peldaños de la escalera. A cada tramo, el mundo quedaba atrás y el más allá se hilvanaba en el ruedo aciago del hábito de la monja, fijo en sus ojos, como el borde de un río del que no se puede vislumbrar la otra orilla, tan ancho y profundo es. Caminando detrás, los ojos fijos en el ruedo del hábito, María Manuela Alzuru se iniciaba hoy en ese orden cuyos muros altos e inexorables había contemplado muchas veces cuando iba con su tía a la mercería de doña Carmina.

Esta escena, digna de un guión cinematográfico, da comienzo a *Mundo, demonio y carne*, de Michaelle Ascencio (2005). De hecho, esta novela resulta sumamente visual, tanto que llega a integrar incluso los planos del antiguo convento de Las Carmelitas Descalzas en Caracas. Los ojos gachos de la joven, fijos en el hábito de la monja, que se mueve con los pasos ascendentes, expresan su sumisión de manera automática. La joven María Manuela Alzuru, a causa de sus amores prohibidos con un joven de nivel social inferior, ingresa contra su voluntad en el convento de Las Carmelitas Descalzas en 1872, durante el gobierno del afrancesado dictador Antonio Guzmán Blanco, quien promulgaría en 1874 un decreto de extinción de los conventos y monasterios en Venezuela. Durante su gobierno, se produjo un proceso de secularización de la sociedad venezolana que incluyó también medidas como la educación gratuita obligatoria y laica, la institución del matrimonio civil y la expropiación de los conventos de las monjas concepcionistas y carmelitas para construir en sus terrenos el edificio del Congreso y el Capitolio Nacional. La novela tiene como referente ese proceso de secularización y modernización de Venezuela y los múltiples enfrentamientos entre la Iglesia y el Gobierno de aquellos años. Ahora bien, se construye como intrahistoria. Así, aun cuando el Arzobispo de entonces, Silvestre Guevara y Lira se enfrentó al gobierno guzmancista y este personaje histórico aparece como referencial en el interior de la novela, la historia que se cuenta en la novela es la de las monjas carmelitas descalzas y la vivencia dentro del convento de la desdichada María Manuela, sobre quien convergen la corriente conservadora de la tradición colonial y la corriente modernizadora y cosmopolita de los afrancesados seguidores de Guzmán. Los espacios que representan los extremos de ambas son el convento de las

Carmelitas Descalzas con sus altos muros que aíslan a las monjas de clausura, en Caracas y Puerto Cabello, ciudad portuaria, receptora de un activo comercio con las islas del Caribe y un gran flujo de extranjeros.

En un excelente trabajo, Saona (2004), retomando el planteamiento de Doris Sommer según el cual la novela romántica tiene una relación directa con la concepción fundacional de las naciones latinoamericanas, observa que aún cien años después la narrativa de este continente sigue insistiendo en representar a la familia como figuración de la nación, tal como sucede en *Cien años de soledad* (1967), *La casa de los espíritus* (1982), *El obscuro pájaro de la noche* (1970) y otras muchas. Esta autora establece una interesante relación con la concepción de las comunidades imaginadas de Benedict Anderson. Para Saona, el gran aporte de Sommer es el de mostrar cómo la novela ha encarnado la representación por excelencia de la comunidad imaginada para los latinoamericanos, y lo ha hecho frecuentemente, a través de historias de filiación por lazos de sangre. Los estados latinoamericanos, a lo largo de su historia, le han dado a la familia una enorme importancia; Saona lo prueba con la insistencia de las dictaduras del cono sur durante los años setenta en los valores patrios aunados a los patrones familiares. Esto llegaba a la censura de todas las publicaciones. No se podían representar los conflictos como la violencia doméstica, el aborto o el adulterio, aunque continuaran ocurriendo en el día a día. Eran importantes los finales felices. La insistencia en continuar representando la nación a partir de la familia llama la atención de Saona, pues para Edward Said, los relatos de la modernidad se caracterizan más bien por la construcción de personajes que no tienen filiaciones familiares, sino que construyen otros modos de afiliación. Se trata de parejas sin hijos, huérfanos y hombres y mujeres célibes, que alimentan los relatos de las vanguardias artísticas. Sin embargo, en la novela que nos ocupa, podemos observar una lectura muy particular de la familia, que roza estas formas de afiliación no biológicas.

En la Venezuela decimonónica la relación entre familia y estado fue capital. Así, Alcibíades (2005) ha mostrado en sus indagaciones sobre el siglo XIX la importancia que la prensa y los discursos jurídicos dieron a la moral y las buenas costumbres inculcadas en el hogar, en el marco del proyecto de construcción de la ciudadanía en Venezuela. Silva Beauregard (2000), por su parte, observó la importancia del

melodrama en la construcción de una cultura de la sensibilidad relacionada con las mujeres, el ámbito doméstico y privado en una suerte de feminización de la cultura. El melodrama proporcionaba a las mujeres lecturas que permitirían modelarlas de acuerdo con el proyecto de nación liberal. A pesar de que se las consideraba el sexo débil y se las tenía como impresionables e inestables, se les proporcionaban lecturas románticas en las cuales la víctima era el excluido de la familia, el que no podía figurar como abanderado del proyecto nacional, como lo eran los negros, los indios, los mestizos, los enfermos. Las mujeres que daban rienda suelta a las pasiones tenían malos finales; aquéllas virtuosas, aunque pobres y excluidas, llegaban a obtener grandes recompensas. El ángel del hogar o la mujer idealizada (forma de sujeción principal), que era la primera educadora de los hijos, debía atenerse al modelo de familia ideal y sujetarse a los controles de la religión y del Estado. En los tiempos de Guzmán Blanco, aunque se dio a las mujeres la potestad de enseñar en colegios para niñas, se les permitió participar en la organización de actos patrios, escribir y publicar, todo ello debía hacerse dentro de ciertos límites. La misoginia podía venir de voces de autoridad del mismo entorno de Guzmán, como la del escritor Nicanor Bolet Peraza, quien dice: “Busquen otros para la mujer de sus respectivas naciones derechos y progresos; nosotros no pediremos para la nuestra, sino altares como para una divinidad. Otros quieren *la mujer del siglo*; nosotros nos conformamos con *la mujer cristiana*” (citado por Silva Beaugard: 2000, 94)¹.

¿Cómo puede leerse desde el siglo XXI la historia del siglo XIX? Michaelle Ascencio construye una novela intrahistórica, que es, por una parte, una ironización de la novela romántica decimonónica y, por la otra, una lectura crítica de las relaciones familiares fundadoras de la nación moderna y de la constitución de familias no biológicas en el marco de la sociedad premoderna.

Mundo, demonio y carne tiene como ejes estructurales a dos familias: la de María Manuela, que la encierra en el convento, y la de la Madre Teresa de San Alberto, a través de la cual la joven recuperaría su relación con el mundo.

¹ Silva Beaugard cita un artículo de Bolet Peraza, “La mujer venezolana” en *El Cojo Ilustrado*, no. 121, 1 de enero. Edición de gala. Número dedicado a la mujer venezolana, 1897, p.22. Curiosamente, Bolet Peraza es ministro firmante de la extinción de los conventos y de los monasterios como Diputado Secretario del Congreso, porque la existencia de los mismos contravenía la natural libertad del individuo.

La historia romántica es un relato de amores contrariados que no es el tema central sino una más de las diversas vertientes temáticas que coexisten en el espacio novelesco. La novela empieza precisamente con la separación de María Manuela de Elías, su gran amor, pues los tíos que la han criado no consideran conveniente entregar su dote a un hombre a quien consideran socialmente inferior. En el desarrollo de la narración puede verse que estos tíos simplemente no quieren entregar la dote de la joven, porque viven de ella. Sin tener hijos propios han debido encargarse de la educación de la sobrina, a quien la tía, doña Joaquina, detesta desde el embarazo de su madre porque su presencia le recuerda su propia esterilidad. Esta familia fracturada no tiene ningún tipo de vínculo amoroso. Los esposos se soportan y se convierten en una suerte de socios para mantener su equilibrio económico. El tío vive de un sueldo modesto pero seguro en un ministerio y comienza a relacionarse con los nuevos beneficiados del régimen, arquitectos que construirán las modernas edificaciones que quiere el gobernante. El ingreso al claustro de María Manuela no es entonces por convicción piadosa, sino meramente una imposición, lo que reconocerá la tía Joaquina cuando, por temor a la soledad a la muerte del marido, le pida a la sobrina que regrese a su casa. El amado escribirá muchísimas cartas que no pasarán del torno, donde las rompen las monjas sin decirle nada a la joven enamorada. Igualmente, como en los imaginarios más románticos, el amado merodeará por varios meses el convento, intentando encontrar alguna ventana o alguna forma de comunicación con María Manuela. Ésta, a su vez, suspira de amor por Elías en el interior del claustro, llega incluso a enfermarse de amor al poco tiempo de su llegada y las monjas perciben muy pronto que ella no quiere ser monja, pero le permiten quedarse, pues la priora deduce que el quedarse en el convento protege a la joven de sus tíos.

María Manuela, sumisa y obediente, sin nunca declarar lo que siente se va acostumbrando a la vida del convento y decide aceptar el postulante con tal de no volver a la casa de sus tíos. Poco a poco irá integrándose a esa familia no biológica que es el convento de dieciséis monjas y desarrollará un gran afecto por la anciana Sor Santísimo Sacramento. Esta antigua priora, extraña y valiente mujer que en otro tiempo fue la priora, cuyos amor maternal y fortaleza de espíritu han incluso servido de consuelo al capellán, desde el principio le dice a María Manuela que la mejor manera de salir del claustro es entrando. Curiosamente, esta monja anciana no se caracteriza por la

rigidez; por el contrario, dentro del claustro María Manuela encontrará la comprensión a manos de esta mujer, de quien se dice que “hacía reír al más serio”.

La pasión silenciosa de María Manuela por Elías encuentra un cauce en las lecturas del *Cántico espiritual*, de San Juan de la Cruz, para el cual la novela elabora una figura de homenaje del poeta místico, en Sor Juana de la Cruz, maestra de la postulante, quien le da a leer el famoso poema. El erotismo subliminal que encuentra María Manuela en sus lecturas le hace declarar que cuando sea novicia adoptará el nombre de Sor Verónica de la Pasión, a lo que la Madre Teresa de San Alberto, lúcidamente le contestará: “¿la pasión de quién?” En ocasiones se juega con el nombre del amado, Elías, que es también el nombre del profeta bíblico. La rigidez de las constituciones de las carmelitas descalzas obliga a las monjas a cultivar una vida sin afectos, sin posesiones, sin apegos de ninguna índole, con prohibición absoluta de relacionarse con el afuera, ni siquiera a través de lo que pudieran comentar las monjas externas que van al mercado o buscan medicinas, lo cual causa una represión que se manifiesta especialmente en los escasos recreos, en el lenguaje irónico del narrador:

Las monjas no se miran al espejo, casi no se bañan para no tocar sus cuerpos pecaminosos, odian sus reglas, pero cuando se reúnen en grupos, en el patio, o en la sala de lectura, un fluido espeso y viscoso circula entre ellas y parece que no pueden despegarse las unas de las otras, y se tocan ligeramente, y se miran furtiva pero tan insistentemente, que despertarían al instante los deseos de un hombre si estuviera presente. El señor es contigo. Las monjas son mujeres apasionadas que buscan desesperadamente a Dios y quisieran tenerlo para ellas solas (p. 114).

Una de las monjas, Sor Rita de los Dolores, se manifiesta como histérica. Sus salidas nocturnas de la celda, que explica por temor a las apariciones del diablo, sus risas descontroladas que le traen castigos y su escape por las calles de Caracas el día de la expulsión de las monjas, la hacen un personaje inquietante. María Manuela no llega a profesar para el noviciado. Se le niega la entrada a la orden poco antes de la expulsión, precisamente porque la Madre Teresa de San Alberto consideró la opinión de Sor Santísimo Sacramento. La priora decide entonces, para proteger a Manuela, no devolverla a la

casa de su tía, quien se había quedado viuda y la reclamaba, sino enviarla como institutriz a la casa de su prima Teotiste Natera, en Valencia. Esta familia, numerosa, al contrario de la de la joven, con varios héroes patrios en su haber (se ve de nuevo la vinculación de familia y nación) trata de integrar a María Manuela a la vida mundana pero en el marco de su conservadurismo. Se le propone a María Manuela un pretendiente, un joven de uniforme, teniente, de “buena familia” en la sociedad valenciana, pero Manuela, contraviniendo el código romántico, se enamora de un extranjero, Claudio, sobrino de un italiano que vive en Puerto Cabello, donde vive también Olegaria, hermana de Teotiste, por lo cual la familia viaja con frecuencia al puerto.

La historia romántica se cancela con la libertad que recuperará Manuela, una vez que la familia de la priora haga los arreglos para su regreso a Caracas, muy contrariada por el desplante hecho al teniente que la había cortejado y había sido rechazado. María Manuela soñaba con Claudio, pero con frecuencia doña Teotiste declaraba que no le gustaban los extranjeros porque no se sabía a qué familias pertenecían ni de dónde habían venido. Esto constata la filiación familiar como imaginario de la nación, de donde los extranjeros quedan excluidos. En Caracas, María Manuela comenzaría a trabajar en la mercería de Doña Carmina, primero, y luego en la Casa de Haute Couture de Madame Benalet, francesa liberal con un floreciente negocio en la ciudad ávida de modas francesas y ropa de lujo. Justamente allí tendría lugar el despertar sexual de la joven. Muy pronto cede a su deseo por el guapo hombre de mundo que frecuenta la tienda, don Félix Raúl Solórzano, quien la seduce y por quien ella siente una pasión irresistible que la lleva a perder su virginidad. De esa relación quedará un collar, que ella lucirá en el encuentro con Elías, que aparece al final de la novela.

Las familias son muy particulares: la de María Manuela, fracturada como las modernas que describe Said, manda a la joven a un claustro premoderno. La familia Natera, conservadora y tradicional, tiene en su haber a una mujer autosuficiente y emprendedora que es Olegaria. Si bien María Manuela, la joven delicada y frecuentemente entregada a un mutismo que desconcierta a quienes la rodean es la protagonista, el personaje de Olegaria cobra tanta fuerza que casi se impone. Es una viuda madura, con nietos, que decide convertir su casa en una pensión para viajeros en Puerto Cabello. Entre los viajeros que atiende está un alemán, Andreas, ornitólogo aficionado que llega al país

siguiendo los pasos de Humboldt, con quien Olegaria se casará. De esta manera, se construye una historia de amor con final feliz, cuya protagonista es una mujer muy mayor, lo cual, de nuevo rompe el canon.

La novela fluye sin centros rígidos. Se explora en la narración de la vida cotidiana de Caracas, Valencia y Puerto Cabello. La abundancia de diálogos da cuenta de una cultura conversacional, que tiene su fuerte en la peña política que se reúne en el bar El pobre diablo, de Emilio Roche. Allí se comentan las idas y venidas del Arzobispo Guevara y Lira, el matrimonio no bendecido por la Iglesia del Ministro Diego Bautista Urbaneja, las ideas masónicas en boga, pues los mismos masones eran asiduos del lugar. Las señoras conversan también en sus casas con una franqueza inusitada. Olegaria recuerda a su ardoroso marido. De esa manera se va construyendo la intrahistoria del periodo guzmancista. La descripción del mercado de Puerto Cabello, con sus vendedoras voceando mercancías en papiamento y el desborde de colores, olores, sabores, del puerto produce un contraste con los escasos estímulos sensoriales del adusto edificio del claustro, mostrando claramente el contraste entre lo cerrado y lo abierto, entre el país reacio a los cambios y el país abierto al comercio y al intercambio con el extranjero:

Papaya dushi, anana con juice, patiya, apelsina dushi, guanábana, mespel, hiba aguacate, voceaban las negras de pie frente a sus puestos de frutas en el mercado de Puerto Cabello. Papayas, membrillos, caimitos, nísperos, patillas, aguacates, naranjas, amontonados por especies como formando una escultura atraían las miradas, las de los extranjeros, pero sobre todo, que se detenían ante el vistoso y succulento aspecto de las frutas dispuestas sobre una mesa curtida pero limpia, escrupulosamente limpia, para un lugar invadido de olores, vapores, voces y sudores que se mezclaban hasta después del mediodía, pero más aún ante las vendedoras, cuya cabeza, envuelta en pañoletas de colores, enmarcaba un rostro reluciente y distante con el que era difícil entrar en componendas (p. 146).

La vida de Olegaria va robando protagonismo a María Manuela, pues la novela muestra cómo aun dentro de parámetros e ideologías conservadoras, en la práctica, las mujeres encontraban recursos para hacer lo que querían.

Por otra parte, el narrador omnisciente es sorpresivamente interrumpido con frecuencia por un “yo” que se desliza desde el “nosotras” de las monjas, que iremos descubriendo como la voz de Sor Fernanda de la Asunción, tía del escritor en ciernes Reinaldo Solar, un personaje de la novela *Reinaldo Solar* (1920), de Rómulo Gallegos. La voz de la monja relatando la vida del claustro al sobrino, estando ya anciana en la hacienda de la familia adonde ha debido ir a vivir tras su expulsión del convento, da testimonio de una voz subalterna que asume el discurso historiográfico, desde su parcial y limitada situación, discurso que se formula entre el testimonio y el discurso del historiador.

La novela relativiza la historia oficial. Se relativiza la rigidez del claustro, se desacraliza la unidad de la familia, el recato de las damas; se muestran las paradojas de la modernización en el marco de un régimen autoritario, se develan diversas formas de ser mujer en una sociedad que codificaba el comportamiento femenino como uno solo posible. *Mundo, demonio y carne* de Michaelle Ascencio deconstruye el melodrama luego de apropiárselo y nos propone una lectura compleja y sugerente del siglo XIX.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ascencio, M. (2005). *Mundo, demonio y carne*. Caracas: Alfadil.
- Saona, M. (2004). *Novelas familiares. Figuraciones de la nación en la novela latinoamericana contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Silva Beaugard, P. C. (2000). *De médicos, idilios y otras historias. Relatos y diagnósticos de fin de siglo (1880-1910)*. Bogotá: Convenio Andrés Bello-Editorial Universidad de Antioquia.

